

PROPAGANDA

La Novela Film

Núm. 116

30 cts.



LA CRIADA DEL CORONEL
por Sydney Chaplin

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción

Administración

Cortes, n.º 651

BARCELONA

AÑO II

N.º 116

MAN ON THE BOX 1925

La criada del Coronel

INGENIOSA COMEDIA AMERICANA

interpretada por el simpático y gran artista

SYDNEY CHAPLIN,

hermano de CHARLOT



EDICIONES WARNER BROS



PROGRAMA EMPIRE VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

LA NOVELA FILM

Dirección: FRANCISCO VILLAS
Producción: J. GARCÍA
Administración: BARCELONA

N.º 116

BR. 11

La Cria del Coronel

Prohibida la
reproducción

Revisado por
la censura

SYDNEY CHARLTON

EDICIONES W. ARNER BR. 11

TIPOGRAFIA CATALANA - Vich, 16 - Tel. 1471 G. - BARCELONA

LA CRIADA DEL CORONEL

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En un *cabaret* frecuentado por la gente *chic* de la capital, hallábanse aquella noche cenando, el señor Lampton, un inventor que hubiera resuelto todos los problemas pendientes en el mundo de la ciencia, a no ser porque estaba celoso de su mujer y temía perderla de vista; esta misma, y Ricardo Worburston, hijo del capitalista que había puesto ya considerables sumas a disposición del inventor para que sus caudales volasen... en un nuevo modelo de avión.

Lampton vió de pronto al coronel Amesley, que por encargo del Gobierno de los Estados Unidos estaba pendiente de las experiencias del nuevo aparato volador, y se separó de su esposa y de Ricardo para ir a saludarle y hablarle de su asunto.

Con el Coronel cenaba su linda hija Alicia, en quien Ricardo no pudo menos de fijarse magnetizado por sus encantos.

Con el militar y la deliciosa joven se hallaba

el conde de Kerkoff, del que una potencia extranjera se servía para espiar el nuevo invento que tenía gran importancia guerrera.

Contemplando cada vez más entusiasmado a Alicia, Ricardo preguntó a la esposa de Lampton:

—¿Quién es esa morenita tan simpática?

La señora del inventor miró sonriente al enamorado, y repuso:

—¡Cuidadito, que el corazón corre peligro! No hay que dejarse flechar por esta americanita... que parece hecha a la medida para usted.

—Sí que es un buen traje, señora Lampton; y crea usted que...

—No es preciso que lo diga... Ya se ve...

—Voy a hacerle un apunte para no olvidarme de sus encantadoras facciones... Ya está... ¿Qué le parece a usted?

—Así, así...

—Para recordarla, me basta... Lo que falta lo suplirá el espejo de mi espíritu...

En tanto, Lampton platicaba con el Coronel. En aquel momento le hablaba de la entrega de los planos de su invento, la cual efectuaría al día siguiente, y se felicitaban ambos anticipadamente de ello.

Pero como la esposa del inventor y Ricardo parecían hacerse mutuamente la corte, pues estaban muy cerca el uno del otro, contemplando el apunte de Alicia, se detuvo a observarlos sin que ellos se fijasen en él.

La señora Lampton, que apreciaba a Ricardo porque le sabía excelente muchacho, le decía en tan crítico instante:

—Sería usted un marido delicioso. No crea que es simple halago.

El inventor, despidiéndose del Coronel, tuvo la desgracia de oír el piropo, y sus celos le hicieron interpretar torcidamente la significación del mismo.

A causa de ello interrumpió lo que él suponía idilio, miró hostilmente a Ricardo, y dijo a su mujer:

—Veo que te encuentras muy a gusto aquí... pero ya es hora de que nos marchemos.

Ricardo y la esposa comprendieron, pues ya le constaba al primero que el inventor era más celoso que un tigre.

La esposa tuvo que obedecer; y viendo el camarero que el inventor se disponía a marcharse, le tendió la nota de la cena.

—¿Desea el señor la cuentecita...?

El inventor podía ser un bestia en cuanto a dudar de su mujer, pero en lo referente a los sablazos, le daba ciento y raya al mejor profesor de armas.

—Désela usted al señor...—respondió al empleado señalándole a Ricardo.

El camarero cumplió como bueno, y Ricardo, ante el atraco a su bolsillo, que le hizo apartar

la vista de Alicia, que le correspondía en sus tiernas miradas, murmuró, mientras pagaba:

—No hay rosa sin espinas... Pero ¡cáspita! no hay derecho a que en lugar de espinas sean puñales...

Se refería, y con razón, al importe de la nota, y más que a eso, a la frescura del celoso.

Pagó y se largó detrás de sus amigos, pues vivía en su misma casa en calidad de huésped.

El conde de Kerkoff, el espía de la potencia interesada en conocer los planos del nuevo invento aéreo, apenas enterado de que estos documentos le serían entregados al Coronel al día siguiente, entrevistóse con su brazo derecho Chuck, que cenaba en un departamento reservado esperando instrucciones.

Le puso en antecedentes de lo prometido por el inventor, y le dijo:

—Si logramos apoderarnos de esos planos, recibiremos una magnífica recompensa. No lo olvides.

—Déjelo para mí... Nunca he fallado un golpe... Y tratándose de algo de tan lisonjera recompensa...

Hablaron largo rato, y puestos de acuerdo, el conde de Kerkoff se dirigió a la cabina telefónica, llamando al aparato a Lampton, que acababa de regresar a su casa con su mujer y Ricardo.

Chuck, por su parte, cumpliendo lo convenido con su socio, se marchaba del *cabaret* hacia la casa del inventor.

Este no respondió a la llamada del Conde, sino Ricardo, que estaba junto al teléfono.

—¿Quién es...?

—¿Es la casa del señor Lampton?

—En efecto...

—¿Está el señor Lampton?

—Claro... Estando yo, estará él...

Ricardo iba a añadir que el celoso no le dejaba nunca solo con su mujer, pero se contuvo por discreción.

El Conde, desde el otro extremo del hilo, prosiguió:

—Dígale al señor Lampton que venga inmediatamente al *cabaret*... Le llama el coronel Amesley.

—Transmitiré el encargo.

—No se olvide, por favor.

—Descuide. Voy a dárselo ahora mismo.

Colgado el receptor, Ricardo fué a llamar con los nudillos a la puerta de la habitación íntima del inventor.

Aparecieron en el marco de la misma la esposa y el tigre.

—¿Qué desea usted, Ricardo?—preguntóle, mimosa, la "inventora".

Ricardo se dirigió al marido, que no le quitaba ojo de encima.

—Es para su esposo, señora... El Coronel tiene gran precisión de ver a usted... Dice que se trata de un asunto de suma importancia. Acaba de telefonar un empleado del *cabaret* en donde

estuvimos hasta hace escasamente un cuarto de hora.

El inventor se dispuso a arreglarse de nuevo para acudir a la cita del Coronel, alarmado por la urgencia que éste tenía en verle aquella misma noche.

Ricardo iba a retirarse a su habitación, que era la que seguía en línea recta a la del matrimonio, pero antes de que lo hiciera, la esposa del celoso, creyendo ver en su rostro una palidez sospechosa, le dijo:

—¿Se encuentra usted mal?

El esposo no pudo apartarse de la puerta, pues los celos le ataban los pies y le hacían crisar las manos furiosamente.

Ricardo, agradeciendo la pregunta de la cariñosa esposa del inventor, contestó que se encontraba bien.

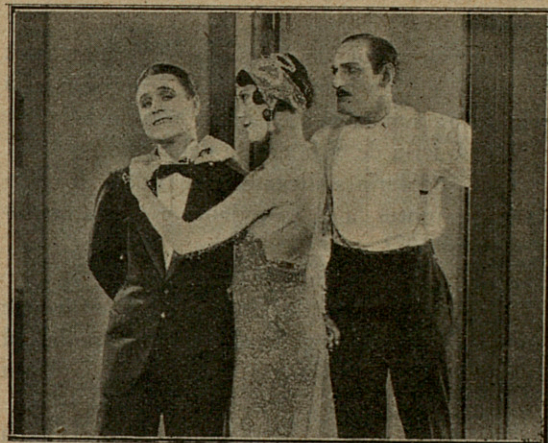
La "inventora", recordando a la hija del Coronel, que tan rápidamente se había apoderado del corazón de Ricardo, comentó, mientras le arreglaba el lazo de la corbata, como una buena hermana:

—¡Ah! Ya sé, pillín, ya sé...

Afortunadamente Ricardo se retiró seguidamente después de esto a descansar, pues de no haberlo hecho tan oportunamente, el inventor le hubiese obligado a ello, sin duda a puñetazos o a tiro limpio, que él era así, muy animal.

A poco, el inventor se encaminaba al *cabaret*.

Ricardo, en su cuarto, se desnudaba, y la esposa del celoso, en el suyo, cubría su esbelto cuerpo con una bata...



—¡Ah! ¡Ya sé, pillín, ya sé...

Al mirar distraídamente al suelo, como atraída de improviso por algo, la bella mujer vió dos manos varoniles que se asomaban debajo de las ropas de la cama caídas sobre los lados. Ahogó un grito de espanto, para no perderse alarmando al malhechor que se ocultaba de ese modo.

Pensando en Ricardo, la "inventora", fingiendo no sospechar nada, abrió una ventana y miró hacia la del cuarto de su huésped.

Ricardo, avisado de la presencia de ella en la

ventana, por medio de piedrecillas dirigidas por la "inventora" con acierto a la suya, quedó perplejo al ver las señas que le hacía. ¡Caramba! ¿Pues no le estaba diciendo que fuese a su cuarto?

Un hombre, cuando lo es, ha de demostrarlo; y Ricardo era un hombre, y fué a reunirse con la encantadora amiga en su habitación íntima.

¿Qué quería de él la esposa del celoso?

¿Qué sucedería si llegase el marido y los sorprendiese juntos, a él en pyjama y a ella tan ligerita también?

Lo mejor era no pensar en calamidades.

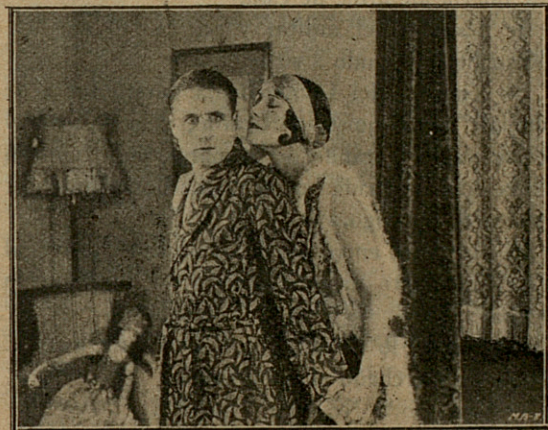
La esposa del inventor, así que pudo ampararse en Ricardo, se abrazó a él, turbándolo de tal suerte, que no sabía, el muy tímido, hacia dónde ir...

Con mucha discreción la mujer le hacía seña de mirar las dos manos que se veían debajo de la cama, una de las cuales empuñaba una pistola de pronóstico.

Cuando Ricardo tuvo conocimiento de la realidad, no supo lo que le pasó, pero el caso fué que, armándose de un cepillo, acercóse cautelosamente a dicha cama, y subiéndose de pies a ella, dió un soberano brinco para caer pesadamente sobre el malhechor, con la idea de aplastarlo.

El ladrón, al recibir el golpe del ejercicio de Ricardo, no se quedó corto en devolverlo, y como él hizo presión en la cama hacia arriba, nuestro

héroe quedó suspendido en la cubierta de la misma, costándole trabajo librarse del dogal que formó en su cuello.



La esposa del inventor, así que pudo ampararse en Ricardo, se abrazó a él...

La batalla estaba presentada. El malhechor en cuestión era Chuck, el cómplice del conde de Kerkoff, que codiciaba los planos del inventor.

Entretanto, éste se enteraba por el propio coronel Amesley de no haber sido llamado para nada.

—Pues me han asegurado que usted había telefoneado con urgencia—insistió Lampton.

—Seguramente, querido amigo, le han dado una bromita.

—¿Una bromita?... ¡Ah!... Ya... ya sé quien ha sido el bromista, y me figuro también por qué quería alejarme de casa.

Se despidió del militar y regresó lo más rápidamente que pudo a su hogar.

El cómplice del Conde había puesto fuera de combate, como quiso, a Ricardo, y la esposa del celoso estaba tratando de calmarse, pues también había sido derribada por el malhechor al intentar ayudar a su amigo.

El inventor entró en la habitación conyugal en el momento en que Ricardo le decía a la esposa:

—Créame, lo mejor es que se acueste usted... Ya se ha marchado el importuno...

—No... no... No podría dormir...

—Es necesario; créame... Nada hemos de temer... No es fácil que vuelva...

Naturalmente, el inventor supuso que eso de "importuno" y lo de "no es fácil que vuelva" se refería a él; y cegado por la sed de venganza, obsequió a Ricardo con epítetos agresivos.

—¡Ah, falso huésped! ¡Acabo de oírlo todo!

—¡¡¡¡Eh!!!!... ¡Serénese usted! ¡Yo he venido aquí para ayudar a su esposa... porque había un intruso en el cuarto... de... debajo de la cama!

—¡Mentira! ¡¡Mentira!! ¡¡¡Mentira!!!

—¡No! ¡¡Nooo!! ¡¡¡Nooooo!!!

—¡Fuera de mi vista! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Ya me voy! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya lo creo!

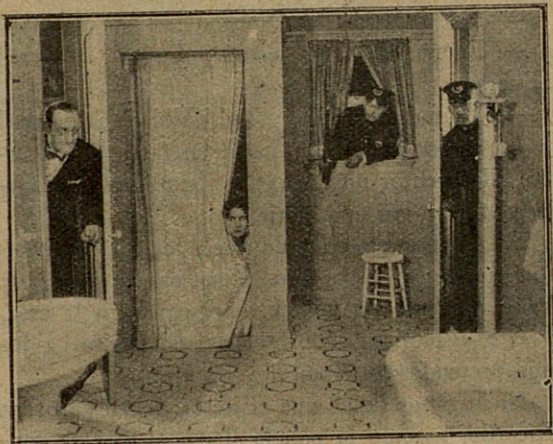
La esposa nada pudo hacer en favor de Ricardo. El inventor no estaba para explicaciones. Decididamente era una bestia.

Al desaparecer Ricardo hacia la primera habitación que le vino a tiro, y que era el cuarto de baño, tropezó con Chuck, que seguía en la casa, y éste disparó el revólver para ahuyentar a los que pretendiesen detenerle.

El inventor creyó que el autor del disparo era Ricardo, y como la policía llegó, la casa se convirtió por unos momentos en laberinto, pudiendo escapar sanos y salvos, cada cual por su lado, el cómplice del Conde y el inocente huésped.

Pero en la calle la policía continuó la persecución de Ricardo, al que delataba de lejos su pyjama, y ocurrió que Chuck y Ricardo se escondieron, por dos veces o tres, en el mismo sitio, y, uno de esas veces, equivocáronse los policías, confundiendo a Chuck con Ricardo, dándole en la cabeza los suficientes golpes de porra para dejarlo sin sentidos.

Como los policías siguieron corriendo calle arriba para ver hacia qué calle había desaparecido Ricardo, éste salió tranquilamente de su escondite, y al encontrar tan malparado a Chuck, sentado en la acera junto a una tienda de muebles



...la casa se convirtió, por unos momentos, en laberinto...

en cuyo escaparate principal había un suntuoso dormitorio, se aferró a una idea digna de elogio: convencería a Chuck a desnudarse para meterse en la cama.

Logró su objeto, pues el cómplice del Conde, viendo, a través de su velado espíritu, una buena cama que le estaba esperando amorosamente, se despojó de sus vestidos, y Ricardo los cambió sobre sí por el pyjama.

Ya podía considerarse libre.

Pero no. Los policías le habían reconocido, y persiguiéronle con más ahinco todavía.

Ricardo se escondió de sus perseguidores ten-

diéndose a lo largo de uno de los lados de un caballo de coche de punto, apoyándose en uno de los brazos del vehículo; pero como fué descubierto, tuvo que huir nuevamente, volviendo al poco rato a dicho coche, encontrando entonces al cochero.

—¡Lléveme a donde usted quiera, pero de prisa!—le dijo.

—Vuelvo en seguida, señor. Voy a dejar estas maletas en esa portería.

Ricardo se metió dentro del coche, para no ser visto por los policías que le perseguían.

La casualidad quiso que el "simón" estuviese parado cerca de la casa suntuosa del Coronel.

Este y su hija salieron de la misma en aquellos momentos y se dispusieron a subir a su automóvil.

—Señor—le dijo el *chauffeur*—, los neumáticos balón... han volado...

En efecto, no quedaba en las ruedas más que la parte metálica. El caso era... un verdadero caso.

Necesitando ir urgentemente al campo de aviación, pues a todo esto había llegado la mañana, el Coronel llamó el coche de punto.

Hacía un minuto escaso que un policía de guardia había se acercado a Ricardo para decirle, viéndole dentro del coche:

—Debe usted conducir desde el pescante, que es su sitio, cochero.

Para disimular, Ricardo se transformó en tal, y cogiendo las riendas del animal, subió al pescante, situado detrás del vehículo.



Para disimular, Ricardo se transformó en cochero...

El azar le convirtió también en cochero del Coronel, pues éste alquiló el coche para que lo condujese, con su hija, lo más velozmente que pudiese, al campo de aviación.

Ricardo reconoció a Alicia, y ésta también a él, no explicándose el motivo de verle de cochero...

El verdadero cochero, al ver huir su "fortuna", corrió desesperadamente a arrebatarla a Ricardo, mas éste, que no estaba dispuesto a separarse de Alicia, a la que veía por la mirilla de la cubierta del coche, se lió a mamporros con el dueño legal, obligándole a saltar a tierra.

El Coronel y su hija habían presenciado por la mirilla la lucha que sostuvieron los dos cocheros, y, suponiendo que el otro se trataba de un ladrón, para recompensar a Ricardo, el militar, influenciado por su hija, le nombró *ipso facto* jefe de sus caballerizas.

Y Ricardo aceptó el empleo, aunque no fuese jinete ni mucho menos, por el placer de estar junto a Alicia.

* * *

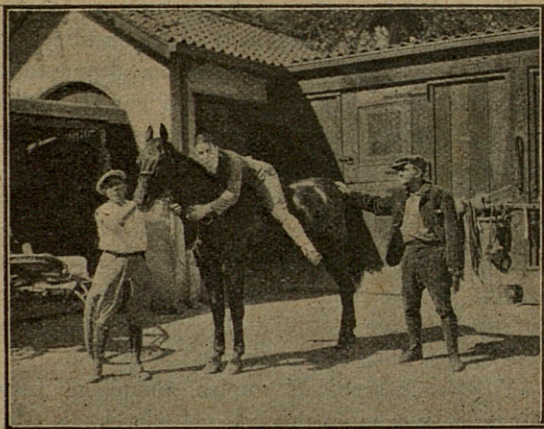
Para no ser reconocido, Ricardo cambió su nombre por el de Carpa.

Pasaron algunos días. A pesar de su buena voluntad, un nombramiento de jefe de las caballerizas del Coronel le venía muy ancho.

Por todo lo que fué observando, Alicia comprendió que Ricardo ocultaba su verdadera personalidad tal vez para que ella, de quererle, le quisiera por él y no por su dinero.

Un día tuvo la confirmación de sus sospechas por una carta de la hermana de Ricardo, que resultaba ser gran amiga suya.

Decía el escrito:



...su nombramiento de jefe de las caballerizas le venía muy ancho.

Mi querida Alicia:

Mi hermano Ricardito me escribe que te ama con locura y que para poder verte a diario se ha hecho contratar como criado por tu padre. Pero papá, temiendo que su modo de ser aventurero le mezcle en algún lío, ha encargado a mi marido que le venga a buscar.

Te abraza tu amiga

Anita

Casi al mismo tiempo que la carta llegó el marido de Anita, para recoger a su cuñado.

Discretamente Alicia mandó a buscar a Ri-

cardo, conocido en la casa por Carpa, y al entrevistarse los dos cuñados, a solas, pues buen cuidado tuvo ella de desaparecer, Carlos, mirando asombrado a Ricardo, le dijo:

—¡Tu padre está furioso! Pero ¿cómo te atreves a vestirte así?

—Chico, cállate... Tú te casaste con mi hermana porque la querías para ti, ¿no es eso? Pues bien; yo amo a Alicia, la amo con toda mi alma, y como me pasa eso, pues... pues... ya comprenderás... la veo... la miro... me habla... le hablo... hasta que me decida...

—¡Estoy maravillado! ¡Tú, enamorarte! ¡Qué gracioso!

—Una vez en la vida hay que saber ser valiente... y yo estoy aprendiendo a serlo para el día que me convenga...

Alicia se presentó ante ellos en este momento. Ya sabía bastante. Ahora quería obligar a Ricardo a ser valiente, porque ella también ansiaba que lo fuese.

—¿Conoce usted a mi criado?—preguntó a Carlos.

Por señas le indicó Ricardo a su cuñado que no le descubriese.

—Lo tuve una larga temporada a mi servicio...—respondió Carlos.

—¡Qué casualidad!... Y... ¿qué cargo desempeñaba?

Ricardo no logró decir por señas el cargo que

quería haber desempeñado, mediocre por cierto, y como Alicia le sorprendió agitando un brazo, fingió cazar moscas, y contestó él mismo:

—Cazaba insectos para los pececitos.

Gozándose en la falsa situación de los dos cuñados, Alicia preguntó además a Carlos:

—¿Recuerda usted cómo se llama?

La respuesta era más difícil todavía, como un número de circo.

Por señas Ricardo indicaba a su cuñado que se llamaba Carpa; y abriendo la boca como los peces, y agitando una mano colocada en prolongación de su retaguardia, y mostrándole, además, uno de los peces de colores que adornaban un rincón del salón en una pecera, no consiguió más que hacerle incurrir en el error de creer que en la casa del Coronel se llamaba Anguila.

Ricardo, siempre por señas, protestó, y tras nuevos gestos de su cuñado, Carlos rectificó, diciendo que se llamaba Goldfish, es decir, Pez Dorado.

Alicia no quiso marearlos más, y dirigiéndose a Ricardo, le comunicó esta desagradable noticia:

—Goldfish, esta noche servirás la mesa.

Ricardo quiso declinar el "honor", temiendo quedar en ridículo; pero no le valieron sus disculpas.

Por la noche, poniendo los cubiertos, Ricardo se entretuvo en comerse algunas pastas.

Le sorprendió en tal operación la criada negra, riñéndole severamente.

Ricardo, sonriendo a la fámula, la asombró haciendo varios juegos de manos e imitando en último lugar a personajes célebres.

La criada, creyéndole emparentado con el demonio, se reintegró a su trabajo, dejándolo solo después de haberle hecho esconder las pastas; y Alicia le sorprendió en sus imitaciones, llamándole al orden:

—Tenga usted en cuenta que su cargo es de criado y no de transformista.

Poco después, cargado de platos, y después de salvarlos varias veces, Ricardo tropezó, y todos, menos trece, quedaron convertidos en añicos.

Al contar los que quedaban, Ricardo rompió el que sobraba de la docena, so pretexto de que el trece era mal número.

La criada negra iba de asombro en asombro, pues jamás había visto que un criado, después de romper dos docenas de platos, se divirtiera todavía en romper, por su voluntad y delante de la señora de la casa, otro plato.

A manera de disculpa, Ricardo dijo a Alicia, que fingía reñirle con la mirada:

—Ya le dije a usted que no tenía mucha práctica...

Ella celebraba este contratiempo, deseando que para que le relevasen de servir la mesa, Ricardo

confesara su verdadera personalidad y el motivo de su engaño...

No lográndolo, y convencida de que Ricardo no haría más que calamidades, solo, le dijo:

—Voy a telefonar a una agencia pidiendo una criada, para que le ayude a usted.

En una de las tarjetas colocadas frente a los platos de la mesa, Ricardo leyó el nombre del inventor Lampton, y los pelos se le pusieron de punta. ¡El celoso, allí!

Pensando en él estaba cuando él entró. Al verle, el inventor sacóse un revólver y persiguió al inocente, que pasó apuros para ponerse en salvo.

—¡Yo no disparé, se lo juro!—gritaba Ricardo.

—¡Mentira! ¡¡Mentira!! ¡¡¡Canalla!!!

Alicia lo escuchaba todo, no comprendiendo nada.

—¡Yo no le hacía el amor a su esposa! ¡Odio a las mujeres!—prosiguió Ricardo.

Cuando se vió libre de su perseguidor, Ricardo tomó una determinación para no huir de la casa a fin de no perder la oportunidad de seguir viendo a Alicia. ¿No había dicho ésta que telefonaría a una agencia solicitando una criada? Pues no tenía que buscar más: él se transformaría en criada, que varias veces le habían dicho, en broma, que, disfrazado de mujer, la daría con queso a cualquiera...

Anuló por teléfono el encargo hecho por Alicia a la agencia, y en un tris vistióse de criada impecablemente.

Antes se disculpó ante Alicia de no poder trabajar aquella noche, por tener un dolor de muelas capaz de asesinar al más robusto. Una ciruela se había encargado de aumentar el volumen del carrillo...

El conde de Kerkoff, invitado como Lampton y su esposa, y otros, a la cena, oyó la disculpa de Ricardo, y dijo a Alicia:

—¿Me permitirá usted que le ofrezca los servicios de mi criado?

Alicia aceptó, y en vista de ello Ricardo, que comprendía que Chuck era el criado en cuestión pues había llegado al convencimiento de que el conde de Kerkoff era un espía que buscaba los planes de Lampton, se decidió a transformarse en criada.

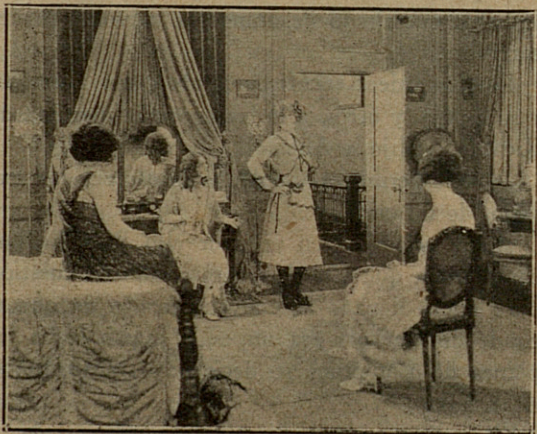
El cocinero se prendó de la nueva criada, y Chuck, que, en efecto, era el criado en cuestión, también; pero "ella" sabía apartar las manos atrevidotas...

Claro que cometió torpeza tras torpeza, en su afán de vigilar al conde de Kerkoff; pero donde pasó peor rato fué en la habitación particular de Alicia.

Anita y el padre de Ricardo acababan de llegar a la casa, siguiendo a Carlos, sin que nadie lo supiera.

Acababan de entrar en la habitación de Alicia, Anita y otra amiga.

Alicia llamó a Ricardo, ciertamente no sospechando que él era la criada enviada por la agencia.



Ricardo no encontró mejor presentación que la de en jarras, para producir mejor efecto.

Ricardo no encontró mejor presentación que la de en jarras, para producir mejor efecto.

Tuvo que ayudar a peinarse a Alicia, ocultándose lo más posible de su hermana, para que, a pesar de todo, ésta no encontrase relación entre el rostro de la "criada" con el de Ricardo.

Confundió éste varios objetos, dando, por

ejemplo, un corsé por un barrita... pero el peor rato que pasó fué el de desnudarse su hermana para enseñar a Alicia la nueva combinación que llevaba. ¿Sería capaz Alicia de desnudarse también en su presencia? Huyó de la habitación, pero tuvo que volver a entrar.

Anita y Alicia hablaron de él, que se hacía llamar, como criada, Sisebuta.

—La idea de tu hermano de vestirse de criado me ha hecho mucha gracia... El no sospecha que yo sé la verdad...

Ricardo escuchaba altamente sorprendido.

Anita preguntó a Alicia:

—En confianza, queridita, ¿te interesa Ricardo?

—A ti te lo puedo decir, Anita... Le adoro... Es simpático, elegante y encantador...—contestó Alicia.

Ricardo corría el riesgo de quemar la espléndida cabellera de Alicia, tal era su distracción escuchándola...

—Me alegro, me alegro... Y deseo que pronto os decidáis a llamar al pastor, para que seamos cuñadas—continuó Anita.

De buena gana renunciaría ya Ricardo a su cargo de criada, pero como debía vigilar al conde de Kerkoff, continuó fielmente en su difícil papel.

Luego Alicia habló con la otra amiga que estaba en su cuarto, que al enterarse de que Ri-

cardo era hermano de Anita, la cual acababa de salir, recordó lo que se murmuraba acerca de él y la esposa de Lampton.

—Según se dice... intentó fugarse con una casadita frágil... y por poco mata al marido, según refieren...

Alicia se disgustó, pasando Ricardó por el terrible trance de callar para no descubrirse. Si no, hubiese gritado que lo que decían era falso, que él ni hacía el amor a la "inventora" ni había querido matar a nadie.

Al salir de la habitación de Alicia, Ricardo se detuvo a escuchar la conversación que sostenían particularmente el Coronel y el conde de Kerkoff, que era acreedor suyo.

—Lo siento Coronel, pero la letra de veinte mil dólares vence hoy... y me interesa mucho cobrarla—decía el Conde.

—Hoy me es imposible pagársela... Si usted quisiera...

—Si usted me entregara los planos de su avión, yo retiraría la letra.

—¡No estoy dispuesto a traicionar a mi país para poder salir de apuros! ¡Basta, señor!

Poco después, yendo de torpeza en torpeza, que procuraba justificar, Ricardo oyó la plática que sostenía su padre con Lampton.

—Debe usted saber que su hijo disparó sobre mí con la buena intención de matarme.

—¿Qué me dice usted?... Ese muchacho está

volviéndose loco... Yo le aseguro a usted que esa bromita va a costarle ir a la cárcel.

—Crea usted que merece eso y mucho más. Y hablando de todo, aquí tiene usted un cheque de cien mil dólares, parte que corresponde a los derechos de su hijo en el invento.

El padre de Ricardo metióse en el bolsillo el cheque, pero el hijo, listo como un linco, se lo apropió como suyo que era.

Varias veces estuvo Ricardo, como criada, a dos pasos de Lampton, no muy seguro a pesar de todo, y todos, incluso éste, se fijaron en sus líneas nada comunes... La seriedad de los casados era dudosa...

Incluso Carlos cayó en la equivocación de creer a la falsa Sisebuta como verdadera.

Ricardo, apenas tuvo el cheque de Lampton, llamó a Carlos con disimulo. Este, creyendo que la criada se había enamorado súbitamente de su gracioso tipo, aumentó en peso diez kilos en un instante, y le contestó, por signos también, que le esperase en una habitación cualquiera, a fin de que Anita, su mujer, no le sorprendiese hablando con "ella". Pero Ricardo, comprendiendo que su cuñado le creía una mujer de verdad, se apresuró a indicarle por señas que él era el mismo Pez de antes, y abría la boca y meneaba la cola, formada por una mano.

Entrevistáronse secretamente los dos cuñados.

—Pero ¿por qué te has vestido de criada?

—No te asombres, Carlos... Estoy vigilando a un espía enemigo que trata de apoderarse de los planos del invento que Lampton ha cedido al Coronel. Te he llamado para que, con este cheque de cien mil dólares, pagues al conde de Kerkoff, que es el tal espía, lo que el Coronel le debe; y de este modo a nada podrá obligarle.

Siguieron hablando, y por desgracia Anita sorprendió a Carlos platicando cariñosamente con "Sisebuta", indignándose ante tamaña ofensa, nombrando ya el divorcio...

Para todos empezaba a ser demasiado inconveniente la criada; pero nadie sospechaba el gran servicio que iba a prestar.

Había llegado la hora de actuar. Chuck, en la biblioteca del Coronel, encontraba la caja fuerte, la pudo abrir y apoderóse de los planos.

Ricardo le había visto, y fingiendo lo contrario, sentóse en un sillón, de espaldas al ladrón, indicándole su presencia con el humo de un cigarrillo.

Chuck se acercó sigilosamente, ocultos los documentos en un bolsilo, y al ver a "Sisebuta" le sonrió, piropeándola a la vez que la reñía por el cigarrillo que a escondidas de todos fumaba.

Se hicieron buenos amigos, porque a Ricardo le interesaba inspirar confianza al miserable, y como Chuck, vanagloriándose de ser un boxeador, le invitó a pegarle duro en el pecho, le atizó después de algunos golpecitos preliminares, suaves,

como de suave doncella, un puñetazo que lo tumbó brutalmente.

El Uzcudun de risa miró con asombro a la "niña", diciéndole:

—No tienes idea de tu fuerza, chiquilla. Me has colocado un *swing* que ni Carpentier. Hay mujeres que engañan, chica...

Aprovechándose de la caída, Ricardo había quitado a Chuck los planos, arrojándolos al jardín por una ventana, para recogerlos luego.

Y cuando, un poco después, el conde de Kerkoff preguntó a su cómplice si tenía los documentos, Chuck contestóle risueño:

—Aquí están.

Pero no estaban.

—¡Me los han robado!—gritó—. ¡No puede ser nadie más que esa endemoniada criada!

Lleno de ira salió en persecución de la criada.

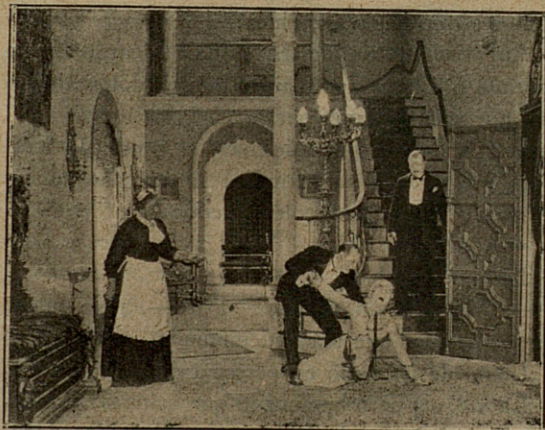
La vió, sí; pero he aquí lo que ocurrió: Carlos, de regreso del jardín, entregó a Alicia los documentos en cuestión, que él acababa de encontrar, para que ella se los entregara a su padre. Pasó Chuck cerca de Alicia, y ésta, al ver al criado, le dió los planos, diciéndole que fuese a entregárselos al Coronel. Chuck celebraba para sí la insospechada forma de volver a sus manos los documentos, pero Ricardo, que no dormía, trató de quitárselos otra vez.

Chuck le pegó duro, acudiendo Lampton a defenderle.

—¿Cómo te atreves a pegar a una mujer indefensa?—reprendió al criado.

Llegó luego el padre de Ricardo y la negrita.

El inventor ayudó a la "criada" a levantarse del suelo, y al gemir abrazado a él, Ricardo tuvo



El inventor ayudó a la criada a levantarse del suelo.

la mala pata de dejar su peluca prendida de un botón de la camisa de su enemigo, teniendo que emprender loca carrera por la casa al ser reconocido.

Pero descubierto también el intento de robo de los planos, gracias a Ricardo únicamente, los culpables fueron detenidos; y la esposa del inventor, reconociendo en Chuck al hombre que

estuvo oculto debajo de la cama, aquella noche casi trágica, declaró:

—¡Ese es el hombre que se escondió en mi cuarto, y ahora comprendo que lo que pretendían eran los planos, que entonces estaban en poder de mi marido!

Brilló la inocencia de Ricardo, y como todo lo que había hecho después de aquella fecha había sido dictado por el amor de Alicia, nadie pudo oponerse a la realización del anhelo de ambos jóvenes.

Por su parte, Carlos y Anita, reconciliados, celebraron, como todos, menos los espías, las ingeniosidades de Ricardo.

Alicia y su novio se apartaron de los demás, y perdiendo como por encanto su timidez, él la besó, a pesar de ir aún vestido de mujer, como besan los hombres enamorados: en los labios y haciéndole cosquillas en la cintura, ruborizándose, aunque parezca paradoja, la negrita...

FIN

Con esta novela exija usted la postal de Alma Rubens

COLECCION LISTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la
mujer. — El prisionero de Zenda. — El
joven Medardus. — Los enemigos de la
mujer. — Una mujer de París. — El Corsario.
— Para toda la vida. — Cyrano de
Bergerac. — De mujer a mujer. — La Her-
mana Blanca. — El milagro de los lobos.
|| París...! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervilles — Maciste, Empe-
rador. — Lirio entre espinas. — El que
recibe el bofetón. — Rómula. — Janice
Meredith. — El Fantasma de la Ópera.
El trono vacante. — El Caid. — Madame
Sans-Gêne. — América. — Cuando las
mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más
fuertes que su amor. — Ella... — Dema-
siadas mujeres. — Nobleza baturra. — Ce-
nizas de odio. — El Rajá de Dharmagar.
El difunto Matias Pascal. — La marca de
fuego. — Los hijos de nadie. — Pesca-
dor de Islandia. — La octava esposa de
Barba-Azul. — El beso de la victoria

Precio: **50 cts.**

Próximamente, la delicada novela de gran
emoción

El proceso de Nancy Preston

por Margarita de la Motte, John Bowers, etc.

MAGNÍFICO ASUNTO

|| SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR ||

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.